

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Job 7, 1-4.6-7): *Recuerda que mi vida es un soplo.*

Salmo (146, 1b-6): *«Alabad al Señor, que sana los corazones destrozados»*

2ª lectura (1ª Corintios 9, 16-19.22-23): *¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!*

Evangelio (Marcos 1, 29-39): *Se marchó a un lugar solitario y allí se puso a orar.*

Acostumbrados a pagar un precio por todas las cosas que deseamos nos sorprende el valor de la gracia. Gratis y por amor Dios nos la concede, y con desagradado percibimos a menudo que apenas si la agradecemos; no la valoramos porque no nos ha costado nada. Corremos el riesgo de pensar que la hemos conseguido nosotros y entonces le damos un valor que no tiene.

La gracia es un don de Dios y brota de su Bondad hacia nosotros. Al estimarla en su gratuidad reconocemos con agradecimiento el valor recibido y descubrimos con agrado que nos basta para superar todas nuestras deficiencias. Nadie como el cristiano ha sido agraciado desde el primer momento de su existencia. La dificultad surge cuando nosotros confundimos el don de Dios con aquellos “*dones*” que le reclamamos con la exigencia de quien cree tener derechos sobre él. San Pablo nos invita a entregar gratis lo que de balde hemos recibido, pero antes es necesario calibrar el valor de lo gratuito.

Nos resistimos a renunciar a nuestros derechos ante Dios; no acabamos de creer que todo procede “*gratuitamente*” de Él y acabamos fiándonos más de los príncipes de este mundo que de Dios. Hemos devaluado lo gratuito y alardeamos de nuestras adquisiciones. Estamos más cerca de la estupidez de la mujer de Job que defiende una religión interesada, y lejos de la sabiduría popular: “*a las duras y a las maduras*”, que Job pronuncia en dimensión teológica: «*Si se acepta de Dios el bien ¿no habremos de aceptar también el mal?*».

Anunciar el evangelio, confesar y proclamar que Jesús salva al hombre, no es afirmar un puro enunciado dogmático, ni puede ser para el cristiano motivo de soberbia. Movidos por el Espíritu Santo, sintiendo que este favor divino da sentido a nuestra vida, afirmamos con obras y palabras, llenas de vida que nuestra fe no es vana, que vivimos conscientes del favor de Dios y lo estimamos por encima de otro don.

En las dificultades y carencias, el Evangelio nos ayuda a entender el valor salvífico de la cruz que, si se acepta, como lo hizo el Hijo de Dios hecho hombre, descubrimos el verdadero sentido de la vida. El Evangelio no engaña al hombre ofreciéndole un camino de rosas para conseguir su bienestar, sino una visión nueva del favor de Dios, que no se cansa de regalar al hombre su amor y su amistad; esos bienes que nadie estima si no son de verdad “*gratuitos*”.

El “*ser*” es la esencia de una persona y el “*vir*” es el hombre adulto. **¡Ser-vir es vivir!** El servicio es lo más propio del ser humano. El servir da alegría, llena de felicidad y nos lleva a la plenitud. La condición del cristiano como seguidor de Jesús le convierte en servidor permanente. Vivir centrado no en uno mismo, sino en los demás, en sus necesidades, anhelos y esperanzas. Mirar hacia los demás es lo propio del seguidor de Jesús. Si así lo hacemos y vivimos vamos por Buen Camino.

Jesús, hace de su vida una continua mirada al necesitado. Nos enseña a vivir mirando al otro. En el Evangelio de hoy nos presenta lo que sería una jornada “*normal*”, una actividad sin pausa mirando dónde hay que llevar amor y vida. Jesús sale de la sinagoga, a la calle, a la vida diaria, a las gentes, a sus casas. Ante ¡una mujer! que sufre, se acerca, la coge de la mano, la levanta... Es decir, muestra su cercanía, con signos del Amor de Dios. Son signos de curación, la cercanía, el calor de las manos, son las mismas manos de Dios. Y aquella mujer queda curada y se puso a servirlos. Jesús la ha puesto en pie, la ha curado, la da la dignidad que anula lo que la hunde y esclaviza.

La acogida del calor de Jesús, sentirse curado o salvado, nos hace personas nuevas. Sobre todo, nos hace servidores y discípulos de Jesús no para dar discursos sino para servir, para mirar al otro como a un hermano que me necesita. No es casual que el Amor a Dios vaya unido al amor entregado a las personas. No hay sitio en la vida cristiana para la teoría, porque la práctica y la entrega, el servicio, la cercanía, la sencillez para con el otro lo ha de llenar todo. Aquella mujer se puso a servirles a todos, de pie, con dignidad. Y fue también discípulo de Jesús, porque el Evangelio son siempre hechos liberadores a favor de los demás.

Claro que en la vida nos cuesta vivir el servicio. Nos puede lo inmediato, lo que nos agobia: lo mío, mi familia, mis pesares... Tanto que, a veces, como Job, le pedimos respuesta a Dios. Esto es bien normal, siempre que no vayamos exigiendo que se solucione “*mi*” problema. Nos sentimos como un jornalero que suspira, aguarda, cae, vive la desesperanza. Pero, aún entonces, Dios nos escucha, acoge e indica el Camino.

Nuestra vida ha de ser dar gracias y alabar a Dios, como el salmista. Dios Padre sana el corazón, reconstruye, reúne, veta las heridas. Y merece la alabanza de nuestra entrega y servicio. Y no para “*ser mejor*”, o como motivo de orgullo. De balde, con libertad, a causa del Evangelio, dirá Pablo: «*Como Jesús que se hizo débil y se despojó de su rango*».